

Si la psique es el reflejo del cuerpo. Una nueva alianza entre neurociencias y psicoterapia

LUIGI ONNIS*

*“Hay más razón en tu cuerpo
que en tu mejor sabiduría”*

F. Nietzsche (*Así habló Zaratustra*)

*“El alma respira a través del cuerpo y el
sufrimiento, se inicia en la piel o en
una imagen mental, ocurre en la carne”*

A. Damasio (*El error de Descartes*)

RESUMEN

El autor subraya cómo los recientes e importantes desarrollos de las neurociencias permiten, hoy, una plena reintegración de la unidad mente-cuerpo, proponiendo la mente como ligada no sólo al sustrato neural del cerebro, sino a todo el cuerpo, como mediador de los intercambios y de las conexiones con el mundo exterior. Además, algunos significativos descubrimientos de las neurociencias, como la naturaleza esencialmente “relacional” de la mente, la “memoria implícita” y, en particular, las “neuronas espejo”, dan soportes neurofisiológicos y confirmaciones a muchas adquisiciones experimentales y clínicas de la psicología del desarrollo y de la psicoterapia, relativas a la importancia del “conocimiento relacional implícito” y de los lenguajes analógicos y metafóricos, a la empatía en la relación terapéutica y a la dinámica del cambio terapéutico.

El autor toma en consideración estas implicaciones con particular referencia a la psicoterapia sistémica y subraya cómo, a la luz de estas consideraciones, se puede hablar hoy de “nueva alianza” entre neurociencias y psicoterapia

Palabras clave: *Unidad mente-cuerpo, neurociencias, memoria implícita, neuronas espejo, psicoterapia sistémica, lenguajes analógicos, empatía, relación terapéutica, cambio terapéutico.*

* Profesor de Psiquiatría y Psicoterapia Universidad “La Sapienza”, Roma. Director Didáctico IEF COS (Roma), Presidente IEF COSTRE (Cagliari)

The author underlines how the recent important developments of neurosciences, today allow a full re-integration of the mind-body unity, proposing mind as linked not only to the brain neuronal structure, but to the total body, as mediator of the exchanges and connections with the external world.

Moreover some meaningful neurosciences discoveries, as the nature essentially “relational” of mind, the “implicit memory” and particularly the “mirror neurons” give neurophysiological supports and confirmations to many experimental and clinical issues of developmental psychology and psychotherapy, concerning the importance of the “implicit relational knowledge” and the analogical and metaphorical languages, the empathy in therapeutic relationship, the dynamics of therapeutic change.

The Author take into account these implications with a particular reference to systemic psychotherapy and underlines how, in the light of these considerations, We can speak today about a “new alliance” between neurosciences and psychotherapy.

Key Words: Mind-body unity, neurosciences, implicit memory, mirror neurons, systemic psychotherapy, analogical languages, empathy, therapeutic relationship, therapeutic change.

1. INTRODUCCIÓN: UNIDADES RECUPERADAS

El discurso sobre la relación mente-cuerpo, y sobre las implicaciones que derivan de ello para la psicoterapia, se tiñe hoy de connotaciones particulares porque, también como consecuencia del reciente y extraordinario desarrollo de las neurociencias, ha vuelto prepotentemente a escena la exigencia de una concepción unitaria del ser humano.

En realidad, toda la cultura occidental, desde Platón y Descartes hasta la ciencia moderna, se ha construido sobre fragmentaciones y dicotomías, comenzando por aquella fundamental entre alma y cuerpo. Esto ha ocurrido porque, desde la filosofía griega, la psique ha representado el lugar del

reconocimiento de la “identidad” del sujeto. Pero este lugar de identificación ya contiene el principio de la separación porque como conciencia de sí, la psique, comienza a pensarse en sí y, por tanto, a separarse de la propia corporeidad (Galimberti, 1983).

Y entonces el cuerpo es reducido a “objeto”, a pura agregación de órganos: es con esta mirada “objetivadora” que la ciencia médica ha afrontado habitualmente el cuerpo y sus manifestaciones, impidiéndose, así, la posibilidad de explicar sus fenómenos, más que como meros accidentes biológicos, en que es inexorablemente dejada fuera la relación del cuerpo con el mundo y, por tanto, con las modalidades de su vivir (Onnis, 1985).

Pero en los últimos quince años,

una imponente cosecha de datos provenientes, en particular, de las investigaciones realizadas en el campo de las neurociencias, ha provocado una verdadera revolución científica que ha vuelto a proponer la necesidad de la superación de aquellas separaciones y dicotomías entre psique y soma, ya no sobre la base de abstractas valoraciones de principio sobre la “inescindible unidad psicosomática del individuo”, sino sobre la base de documentadas evidencias científicas.

No obstante, cuando se reexamina, en esta perspectiva, la relación cuerpo-mente, es preciso también reinterrogarse sobre cuál es el sentido que se quiere atribuir al concepto de mente. La “mente” se asocia, de forma habitual, a las facultades intelectivas superiores, al pensamiento, a lo que llamamos “razón”. Pero, en el hacerse de la razón –escribe Damasio (1995), uno de los autores que más ha contribuido a esta revolución científica–, cooperan tanto las regiones cerebrales de nivel “alto”, como aquellas de nivel “bajo”; de la corteza prefrontal, pues, hasta el hipotálamo y a la médula alargada. En el edificio neural de la razón, los niveles más bajos son los mismos que regulan la elaboración de las emociones y de los sentimientos, junto con las funciones somáticas necesarias para la supervivencia del organismo. A su vez, estos niveles mantienen relaciones directas y mutuas con casi todos los órganos del cuerpo: *éste es puesto así directamente en el interior de la cadena de operaciones que generan las conquistas más altas del razonamiento, de la decisión y, por extensión, del comportamiento social y de la creatividad* (Damasio, 1995, p. 20).

Esta concepción de Damasio, por la cual es lícito hablar del error de

Descartes, no tiene nada de especulativo, sino que se basa en la atenta observación de pacientes con daños neurológicos en un particular sector del cerebro, en los cuales la pérdida de la capacidad de decisión iba acompañada por una llamativa alteración de la facultad de tener sentimientos.

Emoción, sentimiento y regulación biológica, lejos de ser antagonistas o intrusos en el mundo de la razón, tienen, por el contrario, un papel en el funcionamiento de la mente humana, que se nutre de ellos y, a través de ellos, arraiga en el cuerpo y en sus relaciones con el ambiente.

He aquí por qué Damasio puede aún afirmar que “los procesos fisiológicos que nosotros llamamos ‘mente’ derivan de un conjunto estructural y funcional, más que sólo del cerebro: únicamente en el contexto de la interacción de un organismo, es decir, de todo el cuerpo, con el ambiente, se pueden comprender plenamente los fenómenos mentales” (Damasio, 1995, p. 24).

Se puede notar cuánto se acerca esta concepción científicamente fundada a la valoración anticipadora que Bateson (1984) había propuesto del concepto de “mente”, considerándolo como el resultado de un “continuum circular soma-psique-ambiente”.

Pero, sobre todo, pone en evidencia la centralidad del cuerpo, en cuanto sede de emociones y vía de conexiones con el ambiente, en la constitución del indispensable marco de referencia para los procesos neurales que nosotros advertimos como mente.

“Cuando se habla de cerebro y de mente –escribe aún Damasio–, no es habitual hacer referencia a los organismos. Frente a la evidencia de que la

mente brota de la actividad de las neuronas, sólo se discute de éstas, como si su funcionamiento pudiera ser independiente del resto del cuerpo. Pero, a medida que estudiaba los trastornos de la memoria, del lenguaje y de la razón presentes en numerosos seres humanos afectados por lesiones cerebrales, cada vez más se me imponía la idea de que la actividad mental, tanto en sus aspectos más sencillos como en los más elevados, requiere sea al cerebro, sea al resto del cuerpo. Este último, en mi opinión, proporciona al primero mucho más que un mero apoyo y una modulación: proporciona la materia básica de las representaciones cerebrales. El alma respira a través del cuerpo, y el sufrimiento, se inicia en la piel o en una imagen mental, ocurre en la carne” (Damasio, 1995, p. 25).

Las palabras y las documentadas experiencias de Damasio no podrían evidenciar de manera más clara los nexos inseparables entre mente y cuerpo. Otras importantes investigaciones desarrolladas sobre estos nexos en el campo de las neurociencias llevan a nuevas confirmaciones, abriendo nuevos horizontes explicativos.

A ellas intentaremos aludir en este artículo, poniendo de relieve cómo, en el momento en que afrontan el delicado problema de los procesos mentales, las neurociencias atraviesan territorios habitualmente cultivados por la psicología y por la psicoterapia, aportándoles, esta vez, temas que no están en disonancia con aquellos de las demás disciplinas, sino que parecen, más bien, ofrecer contribuciones de confirmación y dar apoyo neurobiológico a evidencias clínicas y resultados empíricos de la psicología del desarrollo, la infant research y la dinámica del proceso psicoterapéutico.

Uno de los objetivos de este escrito es poner en relieve, precisamente, cómo, en el momento en que se puede finalmente encontrar la unidad, durante demasiado tiempo perdida, entre mente y cuerpo, se hace posible recuperar también otra unidad: aquella entre psicología, psicoterapia y neurociencias.

Si, a partir de los generosos, pero no realizados, intentos de Freud en el Proyecto de una psicología (1895), las neurociencias han sido largamente consideradas como “antagonistas” de las disciplinas de la psique, a causa también del predominio, en ambos campos, de una epistemología reduccionista, hoy, al contrario, parecen crearse finalmente los presupuestos para una “nueva alianza” entre neurociencias y psicoterapia.

En el transcurso del artículo intentaremos subrayar algunos de los aspectos de la nueva alianza.

En primer lugar, describiremos de manera necesariamente sintética, los principales elementos surgidos de las investigaciones de las neurociencias y discutiremos, luego, sus implicaciones para la psicología, en particular la sistémica.

2. LAS NEUROCIENCIAS Y EL ESTUDIO DE LA MENTE

Las investigaciones recientes sobre los procesos mentales han sido enormemente facilitadas y alentadas por las nuevas técnicas de neuroimagen (en particular, la Resonancia Magnética Funcional o *fMRI: Functional Magnetic Resonance Imaging*), que han permitido el estudio de la actividad del cerebro en vivo.

Un elemento transversal a muchas investigaciones, y de gran significa-

do, consiste en la evidencia de que la psicoterapia induce cambios estructurales en el cerebro, estimulando la formación de nuevas conexiones sinápticas. La palabra, pues, y ciertamente todos los componentes emocionales que la acompañan, induce modificaciones bioquímicas en el cerebro, influencia que tradicionalmente era reservada sólo a los fármacos. ¡La “palabra como fármaco”, pues! (véase Kandel, 1999). Aquello que los psicoterapeutas, conscientes del poder curativo de la palabra, siempre han sostenido, pero que ahora tiene una documentada evidencia, que sustrae a la psicoterapia de aquella crítica de “inconsistencia científica”, respecto de la farmacoterapia, a la que ha sido a veces sometida.

Pero veamos más específicamente, aunque a grandes rasgos, las principales direcciones de investigación.

a) *Las investigaciones de Kandel y Le Doux: la “memoria implícita”*

Eric Kandel, premio Nobel de Medicina en 2000, ha orientado sus estudios, sobre todo, a los procesos de aprendizaje y de memorización.

A través del estudio de las respuestas a estímulos nociceptores inducidos en moluscos marinos, Kandel distingue una *memoria a corto plazo* y una a *largo plazo*, y evidencia que el paso de la una a la otra no es provocado solamente por la repetición prolongada del estímulo y, por tanto, del simple “refuerzo” de las conexiones neuronales ya existentes, sino por el hecho de que se activa la formación de conexiones sinápticas del todo nuevas. Este fenómeno, aunque a niveles de complejidad mucho mayores, es verificable también en el cerebro de los mamíferos superiores y del hom-

bre. A partir de estos datos, sobre la modalidad de “almacenamiento estable de los recuerdos”, Kandel distingue en el hombre dos tipos de memoria:

- una es la *memoria implícita*, que es esencialmente una memoria afectiva y emocional, ligada a percepciones somáticas. Tiene su sede en el sistema límbico y, en particular, en la amígdala que acompaña el aprendizaje del niño desde el nacimiento, y es la única posible durante los primeros dos años de vida; se llama implícita porque *no* se asocia con la conciencia de recordar;
- la otra es una *memoria explícita*, que es, en cambio, la memoria declarativa y semántica; elabora informaciones que implican al hipocampo, una estructura integradora cerebral que se conecta con la corteza y cuya maduración sólo se produce en torno al 18º mes de vida; por eso, ella se desarrolla en el niño sólo después de los dos años y está asociada a la experiencia subjetiva consciente de recordar.

Sobre estos temas vuelve Le Doux (1998, 2003), que en sus estudios sobre el “*cerebro emotivo*”, evidencia cómo la memoria implícita está influida esencialmente por acontecimientos y experiencias emocionales, cuyo recuerdo, que es un recuerdo afectivo, gobierna la conducta sin un conocimiento explícito de la experiencia y de los aprendizajes pasados. Estos recuerdos afectivos están fuera de la esfera de la conciencia porque están almacenados, bajo la forma de redes asociativas, en estructuras subcorticales, en particular la amígdala, que es, dice Le Doux, “el corazón emotivo” del cerebro. Ella es la sede de la memoria implícita que, única

posible hasta los dos años de vida, proporciona la base para aprendizajes sucesivos y, al ser plástica, puede modificarse en el transcurso de la vida. Este tipo de memoria se justifica filogenéticamente con experiencias de supervivencia de la especie: las conexiones subcorticales –vía baja– entre amígdala y tálamo (centro de distribución de los estímulos sensoriales) son, en efecto, más veloces y directas, aunque producen respuestas menos precisas que las corticales –vía alta–, que son más elaboradas y refinadas, pero más lentas: ellas permiten, pues, escribe Le Doux, “comenzar a responder a estímulos potencialmente peligrosos antes de saber exactamente de qué se trata. Esta vía directa podría estar en el origen de respuestas emotivas que, en el momento, no comprendemos” (Le Doux, 1998).

Una vez que el recuerdo está almacenado en la memoria implícita es necesario, para que reaparezca, que las redes asociativas a las que está conectado alcancen un cierto nivel de activación, como ocurre en el caso de la representación, incluso pasado el tiempo, de experiencias emocionales análogas y de suficiente intensidad.

Quisiera proponer de inmediato algunas breves consideraciones sobre los datos de estas investigaciones sobre las que volveré más adelante.

Ellas, ante todo, ponen de relieve la centralidad de las emociones como verdadero puente de unión entre biología e influencias ambientales, entre expresiones somáticas y procesos cognitivos, entre naturaleza y cultura.

Proponen, además, una posible interpretación de la actividad mental inconsciente, que amplía la del inconsciente freudiano, como lugar de la represión, y la extiende a un incons-

ciente no reprimido, pre-verbal, pre-simbólico que se asocia, en particular, con las primeras experiencias vitales.

Las investigaciones sobre la memoria implícita proporcionan, por último, una base neurobiológica para aquel “conocimiento relacional implícito” que los estudios de la *infant research* y los psicólogos del desarrollo (véanse, en particular, las teorizaciones de Stern) estiman tan esencial en las primeras experiencias interpersonales del niño (comenzando por aquellas ligadas a los modelos de apego), que son la base para la construcción de su mundo interior.

b) *Los estudios de Edelman: el “presente recordado”*

También Edelman, premio Nobel de Medicina de 1972, concentra su atención en el problema de la memoria.

Para Edelman (1991), la memoria no debe ser concebida como un archivo en el que son depositados recuerdos organizados y codificados: es decir, ellos no existen bajo una forma integrada, como rastros significativos que deberían ser conservados.

Más bien, las investigaciones muestran que existen fragmentos de recuerdo y que la integración de los fragmentos se produce en el momento de la re-memorización en el presente, asumiendo connotaciones particulares en relación al contexto interactivo en juego en aquel momento.

Es en este sentido que podemos afirmar que la memoria reside en las interacciones interpersonales. Y es en este sentido que podemos sostener con Edelman que, paradójicamente, es el presente y no el pasado el que estamos siempre concentrados en reconocer y recordar (“*el presente recordado*”).

Es evidente, entonces, que si las re-

cientes investigaciones sobre la memoria autobiográfica (véanse también Neisser y Vinograd, 1988; Rosenfeld, 1988) sugieren que casi todos los recuerdos son reconstruidos bajo la influencia del contexto presente en el cual son reclamados, de ello debe deducirse, como subraya eficazmente Stern (2006a, trad. it.) que *“la memoria se produce en la interfaz entre lo intrapsíquico (representación) y una interacción presente”*, y que, en consecuencia, es en el intercambio dinámico entre “intrapsíquico” e “interactivo” que deben buscarse las raíces de los procesos mentales.

Esto vuelve a proponer la dimensión, casi diría la “extensión”, relacional de la actividad de la mente y preanuncia un tema esencial sobre el que regresaremos más adelante: cuánto favorece aquel contexto interactivo que es la relación terapéutica, con la intensidad emocional adecuada, la “presentificación” de los recuerdos y permite su reelaboración.

c) Las investigaciones de Siegel: la “mente relacional”

Sobre los aspectos relacionales de la mente insisten también las investigaciones de Siegel, que proceden del presupuesto fundamental de que la mente emerge de las interacciones entre procesos neurofisiológicos y relaciones interpersonales.

Estas investigaciones han dado vida a una aproximación científica muy sugestiva, conectada con el campo de la psicoterapia y de las ciencias relacionales, y conocida bajo el nombre de “neurobiología interpersonal”.

Desde esta perspectiva, pues, las relaciones interpersonales desarrollan una función esencial en la orientación, desde las fases más precoces de

vida, del desarrollo de las actividades mentales del niño y de las estructuras neurales relativas. En este sentido, Siegel habla de la *“mente relacional”*.

Estas investigaciones proporcionan datos de evidencia científica a una anticipadora intuición de Bateson (1984), que había concebido la mente como una “metafunción” organizadora de todos los procesos vitales, que se alimenta de relacionalidad con el ambiente en una continua dinámica de interinfluencias recíprocas. Y, una vez más, por lo que se refiere a la psicoterapia, sobre la que volveremos más adelante, también estos estudios remiten a un proceso terapéutico esencialmente fundado en el intercambio relacional entre “mentes que se encuentran” (Aron, 2004).

d) Las investigaciones de Damasio: una nueva síntesis entre emociones y racionalidad

Ya hemos aludido, en la introducción, a las investigaciones de Damasio, subrayando cómo evidencia cuánto las emociones son un nutriente esencial de la racionalidad y anclan, por tanto, la mente en una inseparable relación con el cuerpo, en su totalidad, y con el ambiente.

El “error de Descartes”, para Damasio, fue sobre ordenar la mente a la regulación de las funciones neurobiológicas, sin tener en cuenta cuánto, circularmente, éstas influyen y alimentan la mente misma. Y es por eso que, en la lógica cartesiana, la Razón permanece separada del cuerpo.

e) Las investigaciones de Rizzolatti: las neuronas espejo

El grupo de investigadores del Instituto de Neurofisiología de la Univer-

sidad de Parma, dirigido por Giacomo Rizzolatti, realiza, a principios de los años noventa, un descubrimiento de extraordinaria importancia para la comprensión de los procesos mentales: el de las neuronas espejo (*"mirror neurons"*).

Estas neuronas, que fueron originalmente descubiertas en la corteza premotora de los macacos (Rizzolatti et al., 1996; Gallese et al., 1996), se activan tanto cuando se efectúan acciones orientadas a un fin, como cuando se observan las mismas acciones efectuadas por otros (en este caso, obviamente, se asocia la inhibición del acto motor).

Posteriores estudios neurofisiológicos, realizados con métodos experimentales diversos (en particular, la *fMR*, Resonancia Magnética funcional) han demostrado que también el cerebro humano está dotado de un sistema de neuronas espejo, localizado en las regiones corticales parietopremotoras, con dos funciones fundamentales: controlar la ejecución de las acciones y, sobre todo, permitir su comprensión: el aprendizaje y la comprensión de las acciones del otro, se producen, pues, a través de un proceso de imitación.

No sólo esto: datos experimentales demuestran que las mismas cadenas de las neuronas espejo están involucradas, además de en el reconocimiento de la acción del otro, también en el "porqué" de la acción, es decir, en la intención que la ha motivado. Estos procesos "cognitivos", no sólo están estrechamente conectados (contra cuanto afirmaba la ciencia cognitiva clásica), sino que se basan ambas en circuitos "como si": pueden comprender el sentido y las intenciones de lo que haces (véase Rizzolatti, Sinigaglia,

2006) sólo imitando y reproduciendo en mi cuerpo, tu acción.

He aquí por qué Gallese llama eficazmente a este proceso "simulación encarnada" (*"embodied simulation"*) (véanse Gallese, 2005a; Gallese et al., 2006).

Pero hay otros importantes fenómenos en los que está implicado este sugestivo mecanismo de la simulación encarnada, hecha posible por las neuronas espejo.

El primero concierne a la comprensión lingüística: en contra de la hipótesis tradicional de que el significado de una expresión lingüística es comprendido gracias a la activación de representaciones mentales simbólicas, investigaciones experimentales demuestran que la comprensión lingüística se funda en mecanismos "encarnados", es decir, ligados al cuerpo. En el sentido de que las mismas estructuras nerviosas que presiden la organización de la ejecución motora de las acciones, desarrollan un papel también en la comprensión semántica de las expresiones lingüísticas que las describen (Glembert y Robertson, 2000; Gallese y Lakoff, 2005).

El segundo fenómeno concierne al reflejo de las emociones y de las sensaciones ajenas, que tiene, como veremos mejor más adelante, implicaciones esenciales para la psicoterapia. Las investigaciones sobre las neuronas espejo muestran que cuando observamos la expresión facial de otro y deducimos un particular estado afectivo (por ej., de disgusto o de placer) *"su emoción es reconstruida, experimentada y, por tanto, comprendida directamente a través de una simulación encarnada que produce un estado corporal compartido por el observador"* (Gallese et al., 2006). Se trata de ese fenómeno

que Rizzolatti llama “resonancia visceromotoria” (2006) y Goldman y Sripada (2004) “resonancia no mediada”.

Cuando observamos, pues, un estado emocional del otro, por ej., un rostro doliente, podemos comprenderlo porque nos ensimismamos en él y este ensimismamiento consiste en el hecho de que también nosotros compartimos, en *nuestro cuerpo*, su mismo dolor.

Esto significa, escribe Gallese, que *“experimentamos un específico estado de consonancia intencional, que genera una cualidad particular de familiaridad con los demás individuos”, porque “a través de un estado funcional compartido por dos cuerpos diversos que, sin embargo, obedecen a las mismas reglas funcionales, ‘el otro objetual’ se convierte, en cierta medida, en otro sí mismo”* (Gallese et al., 2006).

Ya parece evidente cómo estos mecanismos de “simulación encarnada”, mediados por las neuronas espejo, representan la base neurofisiológica esencial, por un lado, de la intersubjetividad y, por el otro, de la empatía, aunque no agotan su complejidad.

Pero volveremos a continuación sobre estos conceptos.

Por ahora, quisiéramos subrayar cómo estos sugestivos descubrimientos neurocientíficos, que evidencian la importancia del encuentro con el otro como base para la activación de los procesos mentales, confirman las intuiciones de los autores de las corrientes de pensamiento de inspiración fenomenológica.

Bajo este perfil, es significativo cuanto escribe Merleau Ponty en la Fenomenología de la percepción (1945): *“La comunicación y la comprensión de los gestos se produce a través de la reciprocidad de las intenciones y*

de los gestos de los demás, de mis gestos y de mis intenciones comprensibles en el contexto de otras personas. Es como si la intención del otro habitase en mi cuerpo y la mía en el suyo”.

3. IMPLICACIONES PARA LA PSICOTERAPIA SISTÉMICA

Pero ¿cuáles son las implicaciones de estos importantes descubrimientos, realizados en el campo de las neurociencias, para la psicoterapia sistémica? Son múltiples y todas de gran interés. Trataremos de tomar en consideración las principales.

a) *La función insustituible de la relación*

No hay duda de que de las neurociencias llegan confirmaciones documentadas de una de las tesis básicas de la psicoterapia sistémica: la importancia y la función insustituible de la relación.

La relación, en la orientación sistémica, no sólo es un nivel esencial de cualquier acto comunicativo, sino también la matriz contextual de cualquier atribución de significado y de cualquier proceso mental.

La concepción de la mente propuesta por Bateson (1984) no sólo la arraiga en el cuerpo, como principio organizador de todas las funciones del sistema-organismo, sino que la conecta, a través de redes relacionales complejas, al ambiente, con el que los nexos circulares son tan imprescindibles que, para dicho autor, contra las concepciones tradicionales, la unidad de supervivencia no es el organismo, sino el organismo en su ambiente (Bateson, 1976).

La matriz relacional del aprendizaje y, más en general, de los procesos

cognoscitivos, que no pueden prescindir de la referencia a un contexto interpersonal, son otros conceptos de fondo de la orientación sistémica.

También Laing (1968), que, sin embargo, no es un autor estrictamente sistémico, sino de múltiples inspiraciones culturales, de la fenomenología al psicoanálisis, había afirmado hace ya cuarenta años, que *“la bioquímica de un ser humano es altamente sensible a las circunstancias sociales e interpersonales”*.

Los descubrimientos de las neurociencias nos ofrecen la imagen de un hombre biológicamente predisposto para la intersubjetividad y la relationalidad.

El sistema de las neuronas espejo –escribe Rizzolatti– *“muestra cuán arraigado y profundo es el vínculo que nos une a los demás, o sea, qué extravagante es concebir un yo sin un nosotros”* (Rizzolatti, Sinigaglia, 2006, p. 4).

No sólo las actividades mentales básicas, sino también el nacimiento de la conciencia, necesitan una trama de relaciones. *“La conciencia empieza –afirma Damasio– cuando el cerebro adquiere el poder de contar una historia sin palabras, que se desarrolla dentro de los confines del cuerpo, la historia de la vida que marca el tiempo y de los estados del organismo vivo, estados que son continuamente alterados por el encuentro con objetos y acontecimientos del ambiente”* (Damasio, 2000, p. 47).

Y, en la vertiente de la psicología del desarrollo, Daniel Stern se muestra aún más decidido al subrayar la dimensión relacional de los procesos mentales: *“Las neurociencias demuestran –escribe Stern–, que no existe la mente humana sola. La mente humana es creada gracias a la interacción*

con los deseos, pensamientos, acciones o creencias de los demás. Sin esto no hay lenguaje, ni moralidad, ni conciencia. Sabemos algo sobre la mente humana sólo cuando interactuamos, porque ella no existe si no interactuamos” (D. Stern, 2006b, p. 31).

b) La importancia del “conocimiento relacional implícito”

Pero estas interacciones que activan los procesos mentales y, como se ha visto, son su estímulo y nutrición, no se desarrollan sólo dentro del registro de la conciencia, sino que abarcan esa amplia área de experiencias y de aprendizajes, por así decir, “inconscientes”, que los psicólogos del desarrollo llaman *“conocimiento relacional implícito”*.

A él hacen referencia, por citar sólo algunos ejemplos, los modelos operativos internos del apego de Bowlby (1973), las “tramas relacionales” de Traverthen (1993) y los “esquemas del ser con” de Stern (1995).

Por lo que concierne a la orientación sistémica, la dimensión implícita atraviesa, en general, toda la relationalidad, porque es propio de esta aproximación distinguir, en cada acto comunicativo, un nivel de contenido que es declarativo y explícito, y un nivel de relación que se define preferentemente con el lenguaje no verbal, analógico y emocional.

En los períodos precoces del desarrollo, al menos hasta los 18 meses, el niño usa exclusivamente el conocimiento relacional implícito, a través de la experiencia interactiva que realiza con las figuras significativas de referencia (véase Stern, 1995).

Estos datos de aprendizaje, que corresponden esencialmente a recuerdos emocionales y afectivos, son al-

macenados en aquella que, como hemos visto, los neurofisiólogos definen como “memoria implícita”, que tiene su sede neurobiológica en los núcleos subcorticales y, en particular, en la amígdala.

Pero la memoria implícita, que es la única posible en las fases iniciales del desarrollo infantil, continúa funcionando también después de la adquisición del lenguaje y, por tanto, después de la aparición de la memoria explícita.

He aquí por qué, hoy, sobre la base de estas evidencias neurocientíficas, sabemos que el conocimiento relacional implícito se desarrolla en paralelo con el conocimiento explícito y, juntos, crecen sobre vías autónomas durante el resto de la vida.

“Ahora nos hemos percatado –escribe Stern– de que el conocimiento implícito es una de las más vastas áreas de conocimiento que tenemos e incluye todo lo que ocurre de importante, sea emocionalmente, sea socialmente, entre las personas. Nosotros lo considerábamos un conocimiento más primitivo respecto del conocimiento explícito, ahora pensamos que es un conocimiento igualmente, pero diversamente, rico.” (Stern, 2006b, p. 29).

Esta concepción proyecta nueva luz sobre el concepto de inconsciente que, siguiendo las teorías freudianas, es el “lugar de la represión”, el producto de un proceso de represión que las defensas ponen en funcionamiento en relación a aquello que “no es tolerable que aflore a la conciencia”.

La memoria implícita y el conocimiento relacional implícito muestran que existe también un “inconsciente no reprimido”, en que se depositan emociones, experiencias y recuerdos, sencillamente porque no han podido

acceder a la elaboración de la conciencia.

Por lo que concierne más específicamente a la psicoterapia sistémica, esta perspectiva permite, quizá, nuevas hipótesis interpretativas sobre aquellos aspectos latentes y profundos de la vida afectiva familiar (una especie de “inconsciente familiar compartido”) que se conocen con el nombre de nivel de los “mitos familiares” (véase Onnis et al., 1996).

Hoy se da un mayor relieve a este nivel mítico, cemento emotivo profundo de la familia, a la luz de los desarrollos epistemológicos del pensamiento sistémico (véase Onnis, 1994, 2007).

Podemos estimar que experiencias no elaboradas a nivel consciente depositan sus recuerdos afectivos en la memoria implícita (amígdala), pero que el conocimiento relacional implícito, que en este caso es compartido por todos los miembros de la familia, requiere la intervención de neuronas espejo que activen un mecanismo de reflejo cruzado de las emociones y de los estados mentales de los otros.

Se pone en ejecución un conocimiento relacional implícito compartido (véase Stern, 1998), también en esa experiencia particular que es la relación terapéutica, permitiendo a través de “momentos de encuentro” ese “algo más” que es el elemento que, para Stern, activa la acción transformada en terapia.

Pero más adelante volveremos sobre estos aspectos.

c) La utilidad del lenguaje implícito en psicoterapia

Es una evidencia clínica corriente en el campo de la psicoterapia qué eficaz es, a veces, el uso terapéutico de len-

guajes implícitos que saltan la mediación de la palabra o, en cualquier caso, del pensamiento lógico y arriban más directamente a la esfera emocional.

Es muy conocida, por ejemplo, la eficacia de la metáfora o, por lo que concierne más específicamente a la psicoterapia sistémica, la utilidad de aquellos objetos metafóricos que Caille y Rey (2005) llaman “objetos fluctuantes”, o, aún, del método elaborado por nuestro grupo de investigación llamado de las “Esculturas del Tiempo Familiar” (E.T.F.), en que la descripción de las familias a nivel verbal es completamente sustituida por una representación del todo analógica y no verbal que cada uno de los miembros propone en el espacio de consulta (véanse Onnis et al. 1990, 1994; Onnis, 1992, 1996, 2004).

Las imágenes que emergen de ello son a menudo extraordinariamente sugestivas por la intensidad emocional y por los significados implícitos que proponen. Y es igualmente sugestivo que, después de la experiencia de la “Escultura” los miembros de la familia puedan expresar, de forma verbal explícita, una primera reelaboración de las vivencias emotivas que han sido suscitadas por la representación analógica.

Pero ¿por qué estos métodos que usan lenguajes metafóricos e implícitos son eficaces?

Hasta ahora se han propuesto explicaciones lingüísticas y psicológicas. Bajo el perfil lingüístico, la metáfora, como afirma Lotman (1986), actúa “como punto de unión”, de interfaz entre dos lenguas, el lenguaje lógico del pensamiento racional y el lenguaje analógico de la imaginación y de la afectividad, y tiende, por tanto, a hacer circular comunicaciones

abiertas a los afectos y a las emociones. Además, bajo el perfil psicológico (Ricoeur, 1986), la metáfora terapéutica, captando más directamente los valores emocionales, se acerca al plano afectivo, en gran medida inconsciente, de los individuos: a este nivel pre-verbal e inconsciente la metáfora tiene, por su poder “evocativo” (y no explicativo), la ventaja de hacer alusión sin pretender explicarlo y explicarlo, abriendo espacios para que pueda emerger de manera más libre y creativa (Onnis, 1996, 2006).

Éstas son las habituales explicaciones lingüísticas y psicológicas sobre el funcionamiento de la metáfora y, más en general, de los lenguajes implícitos en psicoterapia.

Pero hoy deducimos de las neurociencias indicaciones esenciales también para la comprensión de los mecanismos neurofisiológicos que subyacen a estos procesos.

Sabemos que existe una memoria implícita en la que se depositan recuerdos y rastros mnésicos fuertemente emocionales y afectivos, ligados a las percepciones corporales: he aquí por qué la activación de esta memoria puede ser facilitada por el uso de lenguajes capaces de sintonizarse con sus características, es decir, lenguajes que utilicen la emocionalidad y la corporeidad.

El cerebro humano tiene una extraordinaria capacidad, afirma Rizzolatti de “*resonar ante la percepción de los rostros y de los gestos ajenos y, codificándolos inmediatamente en términos visceromotores, proporciona el sustrato neural para una coparticipación empática*” (Rizzolatti y Sinigaglia, p. 182).

Aquí, de nuevo, vuelve a ser esencial la función de las neuronas espejo, que registran y reflejan todos los com-

ponentes implícitos involucrados en la relación terapéutica (gestuales, mímicos, emocionales), aspectos sobre los que regresaremos, pero que, cuando se trabaja con la familia, implican enredos aún más estructurados y complejos.

Retomemos brevemente el razonamiento sobre el método de las Esculturas del Tiempo Familiar: ellas son un instrumento privilegiado para hacer aflorar, a través de los escenarios representados, la dimensión “mítica” de la familia; esto no sorprende porque, como se ha dicho con anterioridad, los “mitos familiares”, cemento emotivo de la familia, están preferentemente inscritos en la memoria implícita.

Pero lo que es sorprendente es la coherencia de la “narración implícita”, que se hilvana a través de la sucesión de las distintas esculturas, como si una verdadera y profunda “sintonización” afectiva las atravesara y las uniera.

Una posible clave interpretativa nos viene aún de la función de las neuronas espejo, cuyo mecanismo de reflejo involucra, aquí, no sólo a la relación terapéutica, sino también a la relación entre los miembros de la familia.

Como si esa capacidad del cerebro de “resonar ante la percepción de los gestos y de los rostros ajenos”, de la que habla Rizzolatti, permitiera un mutuo compartimiento de afectos (lo que no excluye, naturalmente, diferencias de imágenes) y activase esos mismos “reflejos cruzados” que, en tiempos lejanos han llevado a la formación, dentro de la memoria implícita, de los mitos familiares.

Pero, a veces, la experiencia intensa y compartida hecha posible por los lenguajes implícitos usados en terapia

puede permitir también un salto de nivel: y la memoria implícita puede abrirse, al menos en ciertos aspectos, a una memoria explícita y más consciente. Esto está demostrado por los comentarios verbales sobre las propias vivencias emocionales que los miembros de la familia están en condiciones de proponer después de la representación de la escultura.

No sé si este repentino afloramiento de estados emotivos a un nivel declarativo consciente, podría considerarse el equivalente de un “insight” (aunque no hay duda de que éste puede emerger de una “relación compar-tida implícita” como demuestra Stern (1998) a través de los “momentos de encuentro”).

Pero me parece que hay presupuestos, psicológicos, relacionales y ahora también neurofisiológicos para no considerar demasiado aventurada la hipótesis de que permitir a la familia un uso apropiado (y naturalmente guiado) de lenguajes implícitos y metafóricos es, en ciertos aspectos, una forma de autoterapia: en efecto, se activan reflejos múltiples y cruzados en los que cada uno no se limita a reflejar al otro, sino que introduce también algo distinto y nuevo: lo cual es la base del cambio terapéutico.

d) La empatía y la “resonancia” en la relación terapéutica

La centralidad de la relación terapéutica, como vehículo esencial de procesos transformadores que implican tanto al paciente como al terapeuta, es, desde hace tiempo, objeto de reflexiones en el campo de la psicoterapia.

La orientación sistémica evidencia su importancia a través de ese significativo desarrollo epistemológico

(véase Onnis, 1994) que marca el paso del concepto de “sistemas observados” a aquel de “sistemas observantes o auto-observantes” (de la “primera cibernética” a aquella que Von Foester –1987– llama “cibernética de segundo orden”): el observador es partícipe de su campo de observación y lo influye, así como el terapeuta es parte integrante del “sistema en terapia” (individuo, pareja o familia) desde el momento en que lo encuentra y constituye con él un sistema más amplio que comprende y transforma a ambos.

Pero, definida la inevitable circularidad de la relación terapéutica, ¿cuáles son las cualidades esenciales que pueden consolidarla, y convertirla en una “alianza terapéutica” abierta a potencialidades transformadoras?

Muchas experiencias clínicas indican, ahora, proviniendo transversalmente de distintos sectores de la psicoterapia, que tales cualidades no consisten sólo en la corrección de las técnicas terapéuticas utilizadas, en la validez de las interpretaciones, en la adecuación de las respuestas del paciente, sino en ese “algo más” del que habla Stern (1998, 2004), que consiste en el contacto emotivo entre terapeuta y paciente, en lo que llamamos empatía. A menudo, ella es canalizada por lenguajes relacionales implícitos, que hacen circular más fácilmente mensajes afectivos: *“El nivel más profundo de los acontecimientos psicodinámicos –afirma Stern– es el nivel de las pequeñas interacciones entre las personas, lo que ellas hacen con sus cuerpos, con el tono de las palabras, con las caras, y cualquier interpretación y narración de la vida de las personas no puede prescindir de estos aspectos”* (Stern, 2006b, p. 33).

Pero si la empatía es una componente esencial de la alianza terapéutica, aunque no la agote, ¿cuáles son los mecanismos neurofisiológicos que la hacen posible?

También bajo este perfil, el sistema de las neuronas espejo parece tener un papel esencial.

Ellas, como se ha dicho, son el sistema neuronal a través del cual se produce el reflejo no sólo de las acciones, sino también de las emociones y de los estados afectivos del otro: aquí el concepto de “simulación encarnada”, propuesto por Gallese (2005b, 2006), es particularmente significativo porque alude a fenómenos para los cuales el observador no sólo se “ensimisma” en los sentimientos del otro (dolor, alegría, ira o disgusto), sino que los experimenta directamente, a través de las neuronas espejo, en su propio cuerpo, los inscribe en la propia “carne”.

Estos mecanismos de “simulación encarnada” que están en la base de la empatía, son también el fundamento de la intersubjetividad. Ésta parece corresponder a una especie de predisposición innata del hombre, porque interesantes investigaciones muestran que ya pocas horas después del nacimiento los recién nacidos son capaces de reproducir los movimientos de la boca y el rostro de los adultos que los miran (véase Meltroff y Moore, 1997, 1998). Este proceso intersubjetivo, que tiene muchas analogías con los conceptos de “reflejo materno” de Winnicott (1967) y de “sintonización afectiva” de Stern (1987) continúa y se expande durante toda la vida.

Volviendo a la relación terapéutica, la intersubjetividad y la empatía, hechas posibles por mecanismos de “simulación encarnada” mediada por las neuronas espejo, crea condiciones

por las que la mente de cada uno “*se siente sentida por la mente del otro*” (Siegel).

El verbo “sentir” tiene aquí un significado absoluto y no puede ser sustituido por el verbo “pensar”.

En efecto, el proceso que se pone en ejecución es, ante todo, exquisitamente emocional y depende, como escribe Rizzolatti, “*del compartimiento de las respuestas visceromotoras que concurren para definir las emociones*” (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006, p. 180). Este mecanismo básico es esencial.

“*Es posible* –escribe aún Rizzolatti–, *que las emociones puedan ser comprendidas también sobre la base de una elaboración reflexiva de los aspectos sensoriales conectados a sus manifestaciones. Pero esta elaboración, tomada por sí misma, es decir, sin ninguna resonancia visceromotora, queda al nivel de una “pálida” percepción, carente de cualquier genuino colorido emotivo*” (ibid., p. 181).

El concepto de “resonancia visceromotora” de Rizzolatti remite a otro concepto de “resonancia”, aquel que en psicoterapia sistémica (véase en particular Elkaim, 1989) se refiere a un fenómeno de ampliación de elementos similares y comunes a los diversos sistemas de interacción que, por cuanto se refiere a la relación terapéutica, pueden ser representados, en terapia, por el terapeuta y por la familia, cada una con el propio bagaje afectivo que deriva de las historias personales y de las respectivas familias de origen. La “resonancia” como evocación compartida de vicisitudes emocionales similares, nace, por tanto, en la intersección de múltiples niveles sistémicos.

Ella requiere un trabajo de elaboración cognitiva y emotiva para que

pueda convertirse no en hándicap, sino en una oportunidad transformadora.

Pero no hay duda de que también ella, como el intercambio empático, hunde sus raíces en la afectividad y en los sustratos neurales que la gobiernan; activa la “memoria implícita” (véase sobre estos aspectos el interesante trabajo de Anne Chouhy, 2008), pero también la función de las neuronas espejo. Y es probable que “el efecto umbral” del que habla Elkaim (1989), es decir, el nivel de intensidad emocional necesario para que la resonancia aparezca y coincida con la producción de esa “resonancia visceromotora” básica, a la que hace referencia Rizzolatti.

Una vez más los procesos psicológicos o relacionales y los fenómenos neurofisiológicos se correlacionan y se entrecruzan.

e) *Una nueva concepción del cambio terapéutico*

Durante mucho tiempo se han considerado factores esenciales del cambio en psicoterapia sobre todo los conectados con la elaboración cognitiva y el incremento de los niveles de conciencia, en la estela de la tesis fundamental del psicoanálisis freudiano de que el objetivo del proceso terapéutico era poner en claro la conciencia en la oscuridad del inconsciente y de la represión.

También por lo que se refiere a la psicoterapia sistémica ha prevalecido, durante mucho tiempo (cuando la “*primera cibernética aún separaba al observador del observado*”), una “teoría instructiva del cambio” que, como advierte oportunamente G. Ruggiero (2007), proponía actitudes terapéuticas animadas por una especie de “*ma-*

nia de la acción” en la que parecían perderse los espacios del silencio y los tiempos de la escucha.

Pero la profunda renovación epistemológica que ha atravesado, en los últimos veinte años, todo el campo de la psicoterapia ha modificado notablemente estas concepciones en las corrientes “relacionales” e “intersubjetivas” del psicoanálisis y en las orientaciones sistémicas inspiradas en paradigmas constructivistas y auto-referenciales.

En estas direcciones, se hace factor y vehículo esencial de cambio la relación terapéutica que, como se ha mencionado, se abre a componentes empáticos, emocionales y afectivos, que entonces son mediados preferentemente por lenguajes implícitos.

Stern (1998, 2004), bajo este perfil, valoriza como “lugar” de cambio lo que él llama *“relación emotiva implícita”* en que lo que tiene una real eficacia transformadora va más allá de las técnicas (aunque no prescinde de las técnicas) y concierne a la capacidad emocional de *“estar con”* el otro en el *“momento presente”* de la relación.

También en la psicoterapia sistémica, la valoración de los aspectos empáticos de la relación entre terapeuta y sistema familiar se liga, como se ha dicho, a la experiencia de la utilidad de lenguajes analógicos que, por un lado, vehiculizan flujos emocionales a través de la relación terapéutica, y, por otro, activan la creatividad de la familia en la búsqueda compartida de soluciones de cambio.

También en estos procesos, de evidencia clínica, se puede formular la hipótesis de que la estructura neurofisiológica de las neuronas espejo desarrolle una función esencial, permiti-

tiendo, también bajo el perfil biológico, esos fenómenos de reflejo que están en la base de la empatía, canal esencial de los acontecimientos transformadores. Pero, para que éstos puedan producirse, no es suficiente el simple reflejo: es necesaria la introducción de algo *“nuevo”* que pueda mejorar y modificar la percepción del Ego del otro.

Este proceso, como subrayan Gallese, Migone y Eagle (2006), tiene analogías con cuanto ocurre en la relación madre-hijo. Si la madre refleja o imita fielmente el comportamiento del hijo es probable que no facilite su crecimiento y su capacidad de regulación afectiva y de asignar significados a los propios estados mentales. *El reflejo debe añadir algo al estado precedente*. Con toda probabilidad, este proceso –escriben los autores–, se produce también en la terapia, donde, idealmente, el terapeuta no refleja literalmente los estados mentales del paciente, sino que da respuestas empáticas congruentes que le *permiten encontrarse a sí mismo y, al mismo tiempo, le facilitan el reflejo para transformar la experiencia*. (Gallese et al., 2006).

Estas consideraciones tienen múltiples evidencias clínicas. Para volver a Stern y a su concepción del cambio terapéutico, como fruto de una *“relación implícita compartida”*, es plausible que los *“now moments”* de los que él habla como acontecimientos inesperados e inhabituales que perturban, desestabilizan y *“calientan”* particularmente el momento presente, creando presupuestos para el cambio, si son oportunamente captados por el terapeuta y por el paciente (Stern, 1998, 2004), correspondan precisamente a la introducción de elementos nuevos

e imprevistos en los recíprocos reflejos que se entrecruzan en la relación terapéutica.

Análogamente, en la psicoterapia sistémica, cuando se utilizan métodos y lenguajes analógicos (por ej., las *"Esculturas del Tiempo Familiar"* de las que se ha hablado), la intervención del terapeuta, que es una actuación siempre metafórica y emplea en gran parte las metáforas propuestas por la familia, introduce, no obstante, también elementos metafóricos nuevos que activan transformaciones ante todo en el modo con que el sistema familiar *"se siente"* a sí mismo (y cada uno de los miembros *"se siente"* en la relación con los demás dentro del sistema familiar) y, posteriormente, en el modo de ver el sentido de la realidad experimentado.

Pero sustancialmente, en este proceso de reflejo, el terapeuta introduce algo nuevo y distinto que pone en movimiento un proceso de cambio, pero es la familia la que busca en su interior y descubre los recursos para elegir, de manera autónoma y creativa, las direcciones de la propia transformación.

Hay una magnífica metáfora de Karl Jaspers, que describe espléndidamente esta situación: *"Cuando admiramos el esplendor de una perla nunca pensamos que ella nace de las enfermedades de la concha"*. Y la perla, esta extraordinaria capacidad de la mente humana de producir procesos autoterapéuticos, tiene, plausiblemente, no sólo evidencias clínicas, sino también correlaciones neurofisiológicas: en efecto, la plasticidad del cerebro está en condiciones de producir la formación de nuevas sinapsis (Kander, 1999, 2008) que comienzan a ser documentables, a través de las técnicas

de neuroimagen, al final del proceso psicoterapéutico.

No podemos, entonces, dejar de compartir la hermosa metáfora con que Giuseppe Ruggiero (2006) define la función del terapeuta sistémico: crear una *"sinapsis entre mente y corazón"*, aunque en realidad (y esto no hace más que reforzar los procesos de integración) en la mente palpita ya el corazón.

4. VALORACIONES CRÍTICAS

A la luz de las consideraciones hasta aquí desarrolladas, parece evidente el gran relieve de los recientes descubrimientos de las neurociencias, que dan unidad a los procesos mentales, inscribiéndolos en sus sustratos neurobiológicos. Ellos hacen posible, pues, como se decía al principio, la superación de los antagonismos entre neurociencias, por un lado, y psicología y psicoterapia por el otro, estableciendo entre ellas, como lógica consecuencia de la recuperada unidad entre cuerpo y mente, *una nueva alianza*.

Baste pensar, por dar sólo un ejemplo, en fenómenos como el *"reflejo"*, que tiene una tradición en el campo de las disciplinas psicológicas y psicoterapéuticas, de las teorías de Winnicott (1967), a la psicología del Ego de Kohut (1986), de las concepciones de Lacan (1936) al psicoanálisis intersubjetivo.

Pues bien, estas teorizaciones y las experiencias clínicas que las acompañan encuentran hoy una extraordinaria verificación: en un sustrato neural que activa, bajo el perfil biológico, exactamente la misma función: las neuronas espejo.

La recuperación, sobre la base de datos científicos, de un principio uni-

tario de integración parece, entonces, evidente.

Pero aquí es preciso estar críticamente atentos a evitar el riesgo de deslizarse de nuevo “en las trampas del reduccionismo”. Haber descubierto los mecanismos neurofisiológicos básicos que subyacen a algunos procesos mentales, no significa que la mente se agote en ellos, no debe inducir a subestimar la complejidad de la mente, y a estimar irrelevantes las influencias de la historia existencial de las personas, como tampoco de los contextos socio-culturales.

Integrar no significa homologar o reducir; significa introducir otras complejidades.

Para volver al razonamiento sobre la empatía, es verdad que ella no podría verificarse sin la esencial función de las neuronas espejo, pero esta función no agota ni justifica todo lo que está implicado en la complicidad empática, porque ésta depende también de la calidad y de la “historia” de la relación.

Es el mismo Rizzolatti, el descubridor de las neuronas espejo, quien considera críticamente este aspecto. Él escribe: “*La comprensión inmediata, en primera persona, de las emociones de los otros hecha posible por el mecanismo de las neuronas espejo, representa el prerequisite necesario para ese comportamiento empático que subyace en gran parte de nuestras relaciones interindividuales. Compartir a nivel visceromotor el estado emotivo de otro es algo, no obstante, distinto de experimentar una implicación empática en relación a él. Por ejemplo, si vemos una mueca de dolor, no por eso somos automáticamente inducidos a experimentar compasión. Esto ocurre a menudo, pero los dos procesos son distintos, en el*

sentido de que el segundo implica al primero, pero no al revés. Además, la compasión depende de otros factores, aparte del reconocimiento del dolor: por ejemplo, de quién es el otro, de qué relaciones tenemos con él, del hecho de que estemos más o menos en condiciones de ponernos en su pellejo, que tengamos más o menos intención de hacernos cargo de su situación emotiva, de sus deseos y de sus expectativas”. (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006, p. 181). También por cuanto se refiere al concepto sistémico de resonancia en psicoterapia está claro, como hemos discutido anteriormente, que ella responde a una base neurobiológica sin la cual no se verificaría el reflejo, pero no se agota en ella, enriqueciéndose con componentes emocionales que provienen de la historia de las personas y de los sistemas interpersonales. He aquí por qué los recientes y sugestivos descubrimientos de las neurociencias no sólo no autorizan ninguna simplificación de los procesos mentales, sino que plantean, aún con mayor evidencia, y esta vez sobre una base unitaria, exigencias de integración; e integración significa apertura hacia la complejidad. Y también hacia nuevos desarrollos de la investigación. “*Un objetivo de la investigación futura –afirma Gallese– será determinar cómo la simulación encarnada, que se basa en la experiencia y es probablemente el mecanismo más antiguo desde un punto de vista evolutivo, puede ser el fundamento de formas más sofisticadas y más lingüísticamente mediadas de nuestra capacidad de interpretar los comportamientos ajenos en términos de estados mentales. Una posibilidad es que los mecanismos de simulación encarnada sean cruciales en el curso del largo proceso de aprendiza-*

je exigido para hacerse completamente competentes en el uso de las actitudes proposicionales. La narración de historias, a la que estamos expuestos desde la primera infancia juega verosímilmente un papel importante en este proceso de adquisición (Gallese et al., 2006, p. 539).

Los descubrimientos científicos abren, pues, amplios escenarios de investigación de los procesos mentales, precisamente porque reconocen su complejidad, aún caracterizada por vastas zonas de sombra y de misterio (véase Damasio, 2000).

5. CONCLUSIONES

Pero, más allá de esta estimulante perspectiva de nuevos desarrollos y de investigaciones futuras, nos parece que la enorme importancia del proceso científico en curso, al que hemos dedicado las reflexiones de este artículo, consiste en el hecho de que se ha alcanzado una adquisición esencial: la de haber recompuesto definitivamente la unidad largamente perdida

entre cuerpo y psique, la de haber devuelto al cuerpo su más pleno y noble significado de “*casa del alma*”.

Confirmando las extraordinarias intuiciones anticipatorias de la filosofía fenomenológica. Es extremadamente significativo cuando escribe ya en 1945, en *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty: “*El cuerpo, en la medida en que tiene patern comportamentales, es ese extraño objeto que usa sus partes como un sistema general de símbolos en el mundo, a través de los cuales en aquel mundo nosotros, en consecuencia, podemos ‘estar en casa’, ‘comprenderlo’ y encontrarle significado*”.

Objeto de todas las negatividades en la tradición dualista y dicotómica de la cultura y de la ciencia moderna, el cuerpo recupera, en esta perspectiva, su valor y el individuo recupera su integridad.

“*Quizá, después de haber considerado cómo se puede producir conciencia en ese trocito de carne al que llamamos cerebro –escribe Damasio (2000)–, veneraremos la vida y respetaremos más, y no menos, a los seres humanos*”.

- ARON L. (2004): *MENTI CHE SI INCONTRANO*, R. Cortina, Milán.
- BATESON G. (1976): *Verso un'ecologia della mente*, Adelphi, Milán.
- BATESON G. (1984): *Mente e natura: una unità necessaria*, Adelphi, Milán.
- BOWLBY J. (1979): *Attaccamento e perdita*, vol. II, Boringhieri, Turín.
- CHOUHY A. (2008): *Paramètres de développement dans la formation à la thérapie familiale: le processus d'appropriation de l'histoire familiale du thérapeute. Cahiers critiques de thérapie familiale et de pratiques de réseaux*, n° 41, pp. 51-68.
- DAMASIO A. (1995): *L'errore di Cartesio*, Adelphi, Milán.
- DAMASIO A. (2000): *Emozioni e coscienza*, Adelphi, Milán.
- EDELMAN G. (1991): *Il presente ricordato*, Rizzoli, Milán.
- ELKAIM M. (1989): *Si tu m'aimes, ne m'aimes pas*, Le Seuil, París.
- FREUD S. (1895): *Progetto per una psicologia*, en *Opere*, vol. II, Boringhieri, Turín, 1968.
- GALIMBERTI U. (1983): *Il corpo*, Feltrinelli, Milán.
- GALLESE V., FADIGA L., FOGASSI L., RIZZOLATTI G. (1996): Action recognition in premotor cortex, *Brain*, 119, pp. 593, 601.
- GALLESE V. (2005a): "Being like me": Self other identity, mirror neurons and empathy en Haley S. and Chater N., (al cuidado de) "*Perspectives on imitation: from cognitive neuroscience to social science*" M.I.T. Press, Cambridge, MA.
- GALLESE V. (2005b): Embodied simulation: from neurons to phenomenal experience, *Phenomenology and the cognitive Sciences*, 4, pp. 23-48.
- GALLESE V., LAKOFF G. (2005): The brain's concept: the role of the sentory - motor system in reason and language. *Cognitive Neuropsychology*, 22, pp. 455-479.
- GALLESE V., MIGONE P., EAGLE M. (2006): La simulazione incarnata: i neuroni specchio. Le basi neurofisiologiche dell'intersoggettività ed alcune implicazioni per la psicoanalisi. *Psicoterapia e Scienze Umane*, vol. 40, n° 3, pp. 543-580.
- GLENBERG A.M., ROBERTSON D.A. (2000): Symbol grounding and meaning: a comparison of high dimensional and embodied theories of meaning, *Journal of Memory and Language*, 43, pp. 379-401.
- KANDEL E.R. (1999): Biology and the future of psychoanalysis: a new intellectual framework for psychiatry. *American Journal of Psychiatry*, 156, pp. 505-524.
- KANDEL E.R. (2008): *Psichiatria, psicoanalisi e nuova biologia della mente*, R. Cortina, Milán.
- KOHUT N. (1986): *La cura psicoanalitica*, Boringhieri, Turín.
- LACAN J. (1936): Le stade du miroir. Théorie d'un moment structurant et génétique de la constitution de la réalité, conçu en relation avec l'expérience et la doctrine psychanalytique. Ponencia presentada en el *IV International Psychoanalytic Congress*, Marienbad (Francia).
- LAING R. (1968): *La politica dell'esperienza*, Feltrinelli, Milán.

- LE DOUX J. (1998): *Il cervello emotivo*, Baldini – Castoldi, Milán.
- LE DOUX J. (2003): *Il Sè sinaptico*, R. Cortina, Milán.
- LOTMAN I. (1980): *Retorica, Enciclopedia Einaudi*, vol. XI, Einaudi, Turín.
- MELTZOFF A.N., MOORE M.K. (1997): Explaining focal imitation: a theoretical model. *Early development and parenting*, 6, pp. 179-192.
- MELTZOFF A.N., MOORE M.K. (1998): Infant intersubjectivity: broadening the dialogue to include imitation, identity and intention en Braten S. (al cuidado de) “*Intersubjective communication and emotion in early ontogeny*”, Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido.
- MERLEAU PONTY M. (1945): *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, París; trad. it., Fenomenologia della percezione, Il Saggiatore, Milán.
- NEISSER V., WINOGRAD E. (1988): *Remembering reconsidered*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- ONNIS L. (1985): *Corpo e contesto*. NIS, Roma.
- ONNIS L., DI GENNARO A., CESA G., AGOSTINI B., CHOUHY A., DENTALE R.C., QUINZI P. (1990): Le sculture del presente e del futuro: un modello di lavoro terapeutico nelle situazioni psicosomatiche, *Ecologia della Mente*, n° 10, pp. 21-48.
- ONNIS L. (1992): Langage du corps et langage de la thérapie : la sculpture du future comme méthode d’intervention systémique dans les situations psychosomatiques, *Thérapie Familiale*, vol. 3, n° 1, pp. 3- 20.
- ONNIS L. (1994) : La psicoterapia sistemica e i suoi attuali sviluppi nella teoria e nella pratica, en Onnis L. y Galluzzo W. (al cuidado de) “*La terapia relazionale e i suoi contesti*”, NIS, Roma.
- ONNIS L., LAURENT M., BENEDETTI P., CESA G., DI GENNARO A., DENTALE R.C., DE TIBERIIS F., FORATO F., MAURELLI F. (1994a): Il mito familiare: concetti teorici e implicazioni terapeutiche, *Ecologia della Mente*, n° 2, pp. 95-112.
- ONNIS L., DI GENNARO A., CESA G., AGOSTINI B., CHOUHY A., DENTALE R.C., QUINZI P. (1994b): Sculpting present and future: a systemic intervention model applied to psychosomatic families, *Family Process*, vol. 33, n° 3, pp. 341-355.
- ONNIS L. (1996a): *Les langages du corps*, ESF, Paris.
- ONNIS L. (1996b): La narrazione analogica: l’uso del linguaggio metaforico nella psicoterapia sistemica, *Psicobiiettivo*, vol. 16, n° 3, pp. 17-35.
- ONNIS L. (2004): *Il tempo sospeso, L’anoressia e la bulimia tra individuo, famiglia e società*, F. Angeli, Milán.
- ONNIS L. (2006): Un ponte tra il dicibile e l’indicibile: l’uso del linguaggio metaforico in psicoterapia, en M. Spagnuolo-Lobb (al cuidado de): “*L’implicito e l’esplicito in psicoterapia*”, F. Angeli, Milán.
- RICOEUR P. (1986): *La metafora viva*, Jaca Book, Milán.
- RIZZOLATTI G., FADIGA L., GALLESE V., FOGASSI L. (1996): Premotor cortex and the recognition of motor actions. *Cognitive Brain Research*, 3, pp. 131-141.
- RIZZOLATTI G., SINIGAGLIA C. (2006). *So quel che fai: il cervello che agisce e i neuroni specchio*, R. Cortina, Milán.

- 22 ROSENFELD I. (1988): *The invention of memory: a new view of brain*, Basic Books, Nueva York.
- RUGGIERO G. (2006): I nuovi mondi del terapeuta sistemico: una sinapsi tra mente e cuore, en M. Spagnuolo-Lobb (al cuidado de): *“L’implicito e l’esplicito in psicoterapia”*, F. Angeli, Milán.
- RUGGIERO G. (2007): Sulla strada del ritorno: la relazione terapeutica come luogo elettivo del cambiamento. *Psicobiiettivo*, vol. 27, pp. 57-81.
- SIEGEL D.J. (2001): *La mente relazionale*, R. Cortina, Milán.
- STERN D.N. (1987): *Il mondo interpersonale del bambino*. Boringhieri, Turín.
- STERN D.N. (1995): *La costellazione materna*, Boringhieri, Turín.
- STERN D.N. (1998): Non interpretive mechanism in psychoanalytic therapy. The something more than interpretation, *International journal of Psychoanalysis*, 79, pp. 903-918 (trad. it., en *Psicobiiettivo*, vol. 20, n° 3, pp. 139-164, 2000).
- STERN D.N. (2004): *Il momento presente*, R. Cortina, Milán.
- STERN D.N. (2006a): Il dialogo tra l’intrapsichico e l’interpersonale: una prospettiva basata sulla psicologia dello sviluppo. *Psicobiiettivo*, vol. 26, n° 3, pp. 77-88.
- STERN D.N. (2006b): L’implicito e l’esplicito in psicoterapia, en M. Spagnuolo-Lobb (al cuidado de), *Atti del Congresso della Federazione Italiana Associazioni di Psicoterapia (F.I.A.P.)*, F. Angeli, Milán.
- TREVARTHEN C. (1997): *Brain, science and the human spirit*, en J.B. Ashbrook et al. *“Brain culture and the human spirit”*, University Press of America, Lanham, MD.
- VON FOESTER H. (1987): *Sistemi che osservano*, Astrolabio, Roma.
- WINNICOTT W.D. (1967): *Mirror role of mother and family in child development* en *“Playing and reality”*, Hogarth Press, Londres, (Trad. it., *Gioco e realtà*, Armando, Roma, 1974).